

CONSIDERACION X

El que ama a Dios debe amar la muerte

¿Cómo aborrecerá la muerte el que vive en gracia de Dios? El que ama a Dios vive en su gracia (1), y cuando muera está seguro de ir a gozar de su presencia en el seno de los elegidos. ¿Y el hombre temerá la muerte?

David ha dicho: *No entres en juicio con tu siervo, porque ningún viviente serás justificado en tu presencia* (2). De donde se sigue que nadie debe esperar salvarse por sus propios méritos, porque nadie, a excepción de Jesús y María, puede decir que toda su vida ha sido exenta de pecado. Pero cuando uno se arrepiente de sus faltas, cuando ha puesto su confianza sin límites en Jesucristo que ha venido al mundo para salvar a los pecadores, no debe temer la muerte, *porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que había perecido* (3). En efecto, ha muerto, ha derarmado su sangre por los pecadores. La sangre de Jesucristo, dice el Apóstol, clama más en favor

(1) Et qui manet charitate, in Deo manet et Deus in eo. I. Joan. 4, 16.

(2) Ps. 142, 2.

(3) Matth. 18, 11.

de los pecadores que la sangre de Abel, pidiendo venganza de su hermano (1).

Verdad es que sin la revelación divina nadie puede tener la certidumbre infalible de su salvación, pero existe una certidumbre moral, cuando el pecador ha hecho entrega de sí propio y de corazón al Señor y se ha resuelto a perderlo todo, incluso la existencia, antes que perder su divina gracia. Esta certidumbre está fundada en las promesas de Dios: *Nadie que haya esperado en el Señor, dice la Escritura, ha quedado confundido en su esperanza* (2).

Asegura Dios en varios lugares de las sagradas letras que no quiere la muerte del pecador: no le pide, sino que se convierta y se salve. *¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice Dios y no que se convierta de sus caminos y viva?* (3). En otro lugar afirma lo mismo y añade un juramento. *Vivo yo, dice el Señor: no quiero la muerte del impío, sino que se convierta y viva* (4). En el mismo capítulo se lamenta Dios de los pecadores obstinados, que prefieren perder su alma antes que dejar el pecado: *¿Y por qué morirás, casa de Israel?* Y promete a todos los que se

(1) Sed accessistis ad... mediatorem Jesum, et sanguinis aspersionem melius loquentem, quam Abel. Hebr. 12, 22 ad 24.

(2) Eccl. 2, 11.

(3) Ezech. 18, 23.

(4) Ezech. 33, 11.

arrepienten de sus faltas, el olvidarlas: *Mas si el impío hiciere penitencia... vivirá... De todas las maldades que obró no me acordaré* (1).

Si el pecador aborrece sus culpas debe esperar que le serán perdonadas. Un Santo Padre ha dicho que podemos estar seguros de que seremos perdonados si exclamamos con santo fervor: *he aborrecido y abominado la iniquidad* (2). Si el pecador se ha mantenido por algún tiempo sin desviarse del camino de la virtud, si ha formulado una firme resolución de perder la vida antes que la amistad de Dios, se siente un vivo deseo de amarle y verle amado de todo el mundo, si experimenta un sincero dolor por haberle ofendido, es señal que la gracia de Dios está con él.

Pero ¿de qué proviene que muchos santos, después de haberse consagrado enteramente al servicio de Dios, después de una vida mortificada y desprendida de todos los bienes de la tierra, se han visto acometidos de temor al considerar que iban a comparecer delante de Jesucristo su Salvador y su Juez? Respondo a esto, que tales ejemplos son raros: que Dios, inspirando a los santos este piadoso terror, quería que se purificasen, antes de en-

(1) Ezech. 18, 21, 22.

(2) Ps. 118, 163.

trar en la eternidad, de algunos residuos de pecado que habían quedado en el fondo de sus almas; pero que generalmente todos los santos han muerto en paz y contentos de morir para ir a gozar a Dios. Por otra parte, la incertidumbre de la salvación produce efectos diferentes en los pecadores y en los santos: los pecadores pasan del temor a la desesperación, los santos al contrario, del temor a la confianza, y mueren en paz.

Todo el que ha podido reconocer por aquellas señales, que está en gracia de Dios, debe desear la muerte y repetir estas palabras de Jesucristo: *Venga a nos el tu reino*. Debe echarse en brazos de la muerte con alegría, porque ella es la que le conduce a la presencia de Dios a quien podrá entonces amar para siempre.

¡ Oh, mi muy amado Jesús! ¡ mi Salvador y mi Juez! ¿ Cuándo llegará la hora de ser juzgado? ¡ Ah! por piedad no me arrojéis al infierno. En el infierno yo no podría amaros: me vería arrastrado a aborreceros para siempre; ¡ y cómo podría yo dejaros de amar a vos, que me habéis amado tanto! Si es vuestra voluntad que vaya al infierno, concededme al menos la gracia de que allí pueda amaros con todas las fuerzas de mi alma. Mis culpas no me hacen acreedor a esta gracia, pero vos me la habéis merecido con la sangre

que tan dolorosamente vertísteis por mí en la cruz. ¡Oh, Jesús mío! probadme a disgustos y dolores, pero no me privéis de la dicha de amaros. ¡Madre de Dios! me hallo en peligro de ser condenado, por no amar a vuestro divino Hijo que merece amor infinito. ¡Virgen María, socorredme, tened piedad de mí!

CONSIDERACION XI

Nuestra salvación está en la cruz

La Iglesia en el viernes santo canta estas palabras: *He aquí el leño de la cruz del cual pende la salud del mundo*. Nuestra salud está en la cruz, en nuestra resistencia a las tentaciones, en nuestra indiferencia por los placeres de este mundo: nuestro verdadero amor a Dios reside en la cruz. Debemos, pues resignarnos y llevar con paciencia la cruz con que Jesucristo ha querido cargar nuestros hombros: debemos resolvernó a morir en ella por amor de Jesucristo, como él murió en la suya por amor de los hombres. El único medio de conseguir la gloria es el de resignarnos y sobrellevar sin quejas hasta la muerte los sinsabores y tribulaciones de este mundo. Este es también el medio de encontrar la tranquilidad en los sufrimientos. Cuando nos ha sido destinada nuestra cruz, si queremos vivir en paz, hemos de conformarnos a la voluntad del Señor. Si no nos conformamos a ella con toda humildad, cuanto obremos y digamos no podrá aligerarnos el peso de la cruz. Si la llevamos con buena voluntad, ella nos llevará a la gloria, después de habernos dado la paz en la tierra.

El que rehúsa llevar su cruz no hace más que aumentar su peso; pero el que la abraza

con paciencia aligera la carga, que se convierte en consuelo para él, porque Dios prodiga su gracia a todos los que de buen grado llevan la cruz que les ha impuesto. Naturalmente repugnan al hombre los sufrimientos; pero cuando el amor divino reina en nuestros corazones, los sufrimientos se convierten en gozo. Si calculamos la bienaventuranza de que gozaremos en el paraíso y para conseguirla somos fieles al Señor y soportamos nuestras penas sin murmurar, no nos quejaremos de él cuando nos envíe la cruz. Y si somos pecadores, si nos hemos hecho merecedores del infierno debemos alegrarnos de vernos castigados por el Señor en esta vida, porque será señal positiva de que Dios quiere librarnos del castigo eterno. ¡Desgraciado del pecador que ha prosperado en la tierra! el que sufre grandes reveses que eche una mirada sobre el infierno que ha merecido, y a su vista todas sus penas, por insoportables que sean, le parecerán ligeras. Así pues, si hemos pecado ved ahí la oración que debemos dirigir a Dios de continuo: *Señor, no tengáis compasión de mí, llenadme de sufrimientos.* Pero os ruego al mismo tiempo que me concedáis fuerza para sufrir con resignación, a fin de que no me oponga a vuestra santa voluntad. Me conformo de antemano a todo lo que queráis disponer de mí y digo con Je-

sucristo: *Así sea Padre, porque así fué de tu agrado* (1).

Un alma que se siente dominada del amor divino, no busca más que a Dios: *Si diere el hombre todas sus riquezas por el amor, como nada las despreciará* (2). El que ama a Dios lo desprecia todo, y renuncia a todo lo que no le puede ayudar a amar a Dios. Por sus buenas obras, por sus penitencias, por sus trabajos, por la gloria del Señor, no debe perder consuelos de espíritu ni de corazón: le basta saber que sus obras agradan a Dios. En fin, rehusa toda satisfacción física o moral, renuncia a todo placer mundano, y sin embargo no se engríe ni envanece más que antes: se da el nombre de indigno siervo del Señor y colocándose en el último grado, de los pecadores trata de conocer la voluntad y misericordia de Dios para que sean su guía.

Si queremos ser santos es preciso que endurezcamos nuestros paladar: que lo dulce nos sea amargo y lo amargo dulce, pues sin esto jamás conseguiremos unirnos perfectamente a Dios. Toda nuestra perfección, toda nuestra esperanza consiste en sufrir con resignación todas las desgracias que nos acontezcan, grandes o pequeñas; y debemos sufrirlas para someternos al objeto que ha tenido el

(1) *Matth.* II, 26.

(2) *Cant.* 8, 7.

Señor al enviárnoslas, a saber: expiar las faltas que hemos cometido, hacernos merecedores de la vida eterna y congraciarnos con Dios, que es el más noble fin que podemos proponernos en todas nuestras acciones.

Ofrezcamos, pues, a Dios estar siempre dispuestos a llevar la cruz que habrá tenido a bien destinarnos, a sufrir toda suerte de males para agradarle, a fin de que, cuando nos los envíe los recibamos sin queja y exclamemos lo que Jesucristo dijo cuando fué preso en el huerto para ser conducido a la muerte: *¿El cáliz que me ha dado el Padre, no lo he de beber?* (1) ¿Dios me envía esta cruz para mi bien, y yo la rehusaré? Si el peso de esta cruz nos parece insoportable, recurramos a la oración: Dios nos dará las fuerzas necesarias. Acordémonos entonces de lo que dice San Pablo: Todas las tribulaciones de este mundo, por duras que sean, no tienen comparación con la gloria que nos prepara Dios en la vida futura (2). Encendamos, pues, la fe en nuestros corazones cuando nos asalte la adversidad. Demos una mirada a Jesucristo muriendo por nosotros en la cruz: pensemos después en el Paraíso y en los bienes que Dios prepara a los que sufren por su amor. A su

(1) *Joan.* 18. 11.

(2) Non sunt condignæ passiones hujus temporis ad futuram gloriam, quæ revelabitur in nobis. *Rom.* 8. 18.

vista no nos quejaremos de los males que debamos sufrir, le daremos las gracias por habérnoslos mandado y le rogaremos que los aumente. ¡Oh! cuán felices son los santos en el cielo, no por los placeres o bienes que han gozado en la tierra, sino por haber sufrido por Jesucristo! Todo lo que acaba vale poco; pero lo que es eterno, lo que no ha de tener fin, es verdaderamente grande.

¡Cuánto me consuelan, Señor, estas palabras! *Volveos a mí... y yo me volveré a vosotros* (1). Yo os he abandonado por las criaturas y por seguir mis miserables inclinaciones: todo lo abandono; ya me convierto a vos, estoy cierto de que no me rechazaréis. Sí, quiero amaros: vos me habéis dicho que me tenderéis los brazos. Recibidme en vuestra gracia, hacedme sentir cuán precioso sea vuestro amor, y cuánto me habéis amado, a fin de que nunca más me aparte de vos. Jesús mío, perdonadme: ¡mi único amor, perdonadme! Concededme vuestro amor y disponed de mí a vuestro grado. Castigadme, privadme de todo, pero no me privéis de vuestro amor. Si el mundo me ofrece todos sus bienes yo los rehusó, no os quiero sino a vos sólo, Virgen María, recomendadme a vuestro divino Hijo. El os concede todo cuanto le pedís; en vos deposito toda mi confianza.

(1) Zach. 1, 3.

CONSIDERACION XII

**Jesucristo quiere que suframos por
su amor**

Quien quiere venir en pos de mí, *niéguese a sí mismo, tome la cruz cada día y sígame.* (1) Es necesario hacer varias observaciones sobre estas palabras de Jesucristo. *Quien quiere venir en pos de mí:* no dice *a mí*, sino *en pos de mí*. El Señor quiere que sigamos sus pasos, quiere que sigamos el camino de zarzas y de espinas por donde El ha pasado. Va adelante de nosotros: no se detiene hasta haber llegado al Calvario donde le espera la muerte. Debemos, pues, seguirle hasta la muerte. Es necesario, dice, que cada uno *se niegue a sí mismo*; esto es, que renuncie a todas las satisfacciones del amor propio y de los sentidos, a todo lo que podría desagradar a Jesucristo.

Y añade después: *tome su cruz cada día y sígame.* Examinemos estas palabras una por una. *Tome:* no basta tomar y llevar la cruz forzadamente; todos los pecadores la llevan pero sin méritos; es necesario tomarla, abrazarla y llevarla con amor. La *cruz* es aquí el emblema de todos los dolores. Jesucristo los llama *cruz* para que los sopor-

(1) Luc. 9, 23.

temos con paciencia, recordando que El ha muerto en la cruz por nosotros.

Dice además *su cruz*. Algunos cuando reciben algún consuelo espiritual se ofrecen a sufrir todo lo que han sufrido los mártires y después no saben resistir un dolor de cabeza, la indiferencia de un amigo, el mal humor de un pariente. Pero, hermanos míos, no quiere Dios que sufráis sino aquel dolor, aquella indiferencia, aquel mal humor y que lo sufráis con paciencia.

Dice además *cada día*. Muchos reciben la cruz con alegría, pero así que la han llevado algún tiempo dicen: *Señor, no puedo más*. Pero Dios quiere que la lleven con paciencia, aunque sea hasta la muerte. Nuestra salud y nuestra perfección consiste, pues, en la observancia de estos tres preceptos: *abnegación*, no consintiendo a nuestros sentidos los deleites que nos piden: *resignación*, abrazando la cruz que Dios nos destina; y finalmente *imitación*, siguiendo los pasos de Jesucristo hasta la muerte.

Penetrémonos bien de la idea de que Dios no nos deja en el mundo, sino para que llevemos con paciencia las cruces que tendrá a bien destinarnos y en esto consiste el mérito que contraeremos en esta vida. Nuestro Salvador que tanto nos ama, no vino a este mundo sino para sufrir y para que siguiésemos sus dolorosos pasos. Contemplé-

mosle dirigiéndose al Calvario, inclinado bajo el enorme peso de la cruz, en aquel camino que debemos seguirle, si queremos salvarnos. ¡Qué consuelo para nosotros el poder exclamar en todas nuestras desgracias: Señor, ¿es vuestra voluntad que yo lleve esta cruz? La acepto y la llevaré todo el tiempo que cumpla a vuestro agrado.

Muchas almas se complacen en oír hablar de la oración, de la paz eterna, del amor a Jesucristo, pero no quieren que les hable de cruces, ni de sufrimientos; aman a Jesús mientras duran las dulzuras espirituales; pero desde el instante en que calma aquel agradable hálito y el Señor les envía algún contratiempo para probarlas privándolas de los acostumbrados consuelos, cesan de orar, de comulgar, de mortificarse, y se abaten en la tristeza y en la tibieza; se apegan a las cosas del mundo y a sus deleites. Pero tales almas se aman más a sí mismas que a Jesucristo, siendo así que las que le aman no por las gracias que les concede, sino por lo que El es en sí, porque lo merece, éstas no abandonan jamás sus ejercicios espirituales, por grande que sea la inquietud o la repugnancia que les inspire su práctica. Agradar a Dios es el blanco de todas sus acciones; sufren hasta la muerte para agradarle, sin proferir una queja; y sufrirían por toda una eternidad

con igual resignación, si tal fuese la voluntad del Señor. Jesucristo, dice San Francisco de Sales, tan digno es de nuestro amor en el consuelo como en la desolación. Las almas abrasadas del amor divino hallan consuelo y su gloria en sufrir por el amor de Jesucristo.

Bien merece todo ésto y mucho más aquel divino Jesús que eligió una vida dolorosa y una muerte cruel por amor nuestro: aquel que bajó a la tierra para hacernos saber que si queremos salvarnos, no tenemos más que amarle como nos ha amado. ¡Oh cuán amadas son de Jesucristo las almas que sufren sin queja y le aman!

Jesús mío, vos solo podrías haberme enseñado estas saludables máximas, tan opuestas a las del mundo. Vos solo podéis concedernos la fuerza para llevar nuestra cruz con paciencia. No os pido que me libréis de los dolores, sólo sí que me infundáis valor para sufrir con paciencia y resignación. Eterno Padre, vuestro divino Hijo nos ha asegurado que cuanto os pidiésemos en su nombre nos sería concedido por vos (1). Escuchad pues lo que os rogamos: concedednos la gracia de soportar con paciencia las penas de esta vida: acceded a nuestro

(1) Amen, amen dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis. *Joan.* 16, 23.

ruego por el amor de Jesucristo. Y vos perdonadme, Jesús mío, todas las ofensas que os he hecho, no queriendo sufrir con paciencia las tribulaciones que me habéis enviado. Concededme vuestro amor: él me dará la fuerza de poder sufrirlo todo por vuestro amor: privadme de todo, quitadme todo lo que poseo, pero no me privéis de vuestro amor: sólo esto os pido. Virgen Santa, obtenedme por vuestros ruegos que pueda yo seguir constante hasta la muerte en mi amor a Jesucristo.

CONSIDERACION XIII

El amor divino triunfa en todo

Fuerte como la muerte es el amor (1). Así como la muerte nos desprende de todos los bienes de la tierra, de todas las riquezas, de todas las dignidades, de todos los parientes y amigos y de todos los deleites mundanos, así cuando reina en nuestros corazones el amor divino, arranca de nosotros todo apego por los bienes de este mundo. Los santos se han despojado de cuanto poseían, han rehusado honores y empleos y se han retirado a los desiertos o a los claustros para no pensar más que en Dios.

El alma no puede existir sin amar al Creador o a las criaturas. Examinad un alma exenta de toda afección terrestre, la encontraréis llena de amor divino. ¿Quieres saber si eres enteramente de Dios? Pregúntate a ti mismo si te hallas enteramente desprendido de las cosas del mundo.

Se quejan algunos de que en los ejercicios piadosos, en sus oraciones, en sus comuniones, en sus visitas al Santísimo Sacramento, no encuentran a Dios. A éstos se dirige Santa Teresa, diciéndoles: *Desprended vuestro corazón de las criaturas y después bus-*

(1) *Cant.* 8. 6.

cad a Dios que ya lo hallaréis. No se obtienen siempre las gracias espirituales que Dios concede muy rara vez en esta vida a los que le aman, a fin de infundirles más ardiente deseo de conseguir las inmensas dulzuras que les tiene preparadas en el Paraíso. Con todo, les deja saborear aquella paz interior, aquella paz del amor, mil veces más dulce que todos los placeres sensuales (1). ¿Puede haber felicidad mayor, para una alma, verdaderamente enomorada de Dios, que poder exclamar: *Mi Dios es mi todo?* San Francisco de Asís pasó un año entero en un éxtasis celestial, repitiendo de continuo: *Mi Dios es mi todo.*

Fuerte como la muerte es el amor. Si viésemos que algún muerto se llevara algo de este mundo sería señal de que no estaría muerto: la muerte nos priva de todo. El que quiere ser enteramente de Dios, lo debe abandonar todo; si retiene algo, su amor al Señor será débil e imperfecto.

El amor divino nos despoja de todo. Decía el P. Ségneri, gran siervo de Dios: *El amor de Dios es un astuto ladrón que nos despoja de todo sobre la tierra.* A otro siervo de Dios, que había repartido entre los pobres cuanto poseía, le fué preguntado, qué era lo que lo había reducido a la miseria, y él

(1) Pax Dei quae exsuperat omnem sensum.
Philip. 4, 7.

sacando el Evangelio de su seno, respondió:
Ved lo que me ha despojado de todo.

Finalmente, Jesucristo quiere poseer nuestro corazón por entero y no quiere sociedad con nadie en esta posesión. Dice San Agustín, que el Senado romano no quiso decretar la adoración de Jesucristo, porque decía que era un Dios demasiado orgulloso por cuanto quería ser adorado sólo. Pero siendo así que El solo ha sido nuestro Maestro, justo es que El sólo quiera ser amado y adorado por los hombres. San Francisco de Sales dice, que el amor de Dios consume todo lo que no es Dios. Así pues cuando este amor se alberga en nuestros corazones, si otra pasión por otra cualquier cosa que no sea Dios pretende introducirse en ellos, debemos ahuyentarla diciendo: *Fuera, no hay aquí lugar para ti.* En esto consiste aquel abandono total de las cosas de este mundo, que nos ha sido recomendado por el Salvador, si queremos ser enteramente suyos; y el abandono ha de ser *total*, porque es necesario renunciar enteramente a todo. ¿Cuántos de nosotros para agradar a los hombres descuidamos el santificarnos? David dice que los que se esmeran en agradar a los hombres son despreciados de Dios (1).

(1) Qui hominibus placent, confusi sunt. quoniam Deus sprevit eos. *Psal.* 62, 6.

Pero sobre todo debemos renunciar a nosotros mismos, domando aquel amor propio que suele penetrar en cuanto hacemos, hasta en los más santos ejercicios y que sin cesar nos pone a la vista nuestra propia gloria o nuestra propia satisfacción. ¡Cuántos predicadores, cuántos escritores ascéticos, han combatido en vano este defecto! Muchas veces mientras hacemos oración, o leemos, o nos acercamos tal vez a la santa comunión, se deslizan en nosotros deseos de hacernos notar, o de creer que merecemos alguna dulzura espiritual.

Debemos, pues, dedicar todo nuestro esmero a domar este amor propio, que a menudo nos hace perder el mérito de las mejores obras buenas. Debemos privarnos cuanto nos sea dable de lo que más nos agrada: de las diversiones, por ejemplo, precisamente porque nos agradan; por el contrario, serviremos a un ingrato, precisamente porque será contra nuestro gusto y porque es ingrato; beberemos una medicina amarga, porque es amarga y nos ha de contrariar. El amor propio quiere que creamos que no es buena una cosa sino cuando él se halla satisfecho.

Pero para entregarse enteramente a Dios es necesario que, cuando se trata de una cosa en que está cifrada nuestra complacencia, nos sepamos abstener de ella, diciendo: *piérdase todo, pero agrademos a Dios.*

Por otra parte, nadie es tan feliz en este mundo, como el que sabe despreciar sus vanidades; y el que hace el sacrificio de ellas a Dios, es recompensado con usura por las divinas gracias. De este modo premia el Señor a sus fieles servidores. Pero, ¡oh Dios mío! vos conocéis mi debilidad: habéis prometido socorrer a los que ponen toda su confianza en vos. Señor, yo os amo, confío en vos: prestadme las fuerzas necesarias para desprenderme de este mundo y unirme a vos para siempre. También espero en vos, oh Virgen María, mi dulce protectora.

CONSIDERACION XIV

Necesidad de la oración mental

La oración mental sirve para guiarnos en nuestro viaje a la eternidad. Las verdades eternas son asuntos espirituales que no se perciben con la vista corporal, sino con la del alma. El que no hace oración no las divisa y por esto camina a tientas por el camino de la salvación. Por otra parte, el que no hace oración no conoce sus defectos ni los aborrece, como dice San Bernardo. No concibe tampoco los peligros en que se encuentra, y por lo tanto, no trabaja en evitarlos. Pero el que se emplea en orar descubre al momento sus imperfecciones, percibe los peligros que corre su salvación y se empeña en remediar su daño. San Bernardo añade que la meditación pone a raya nuestras pasiones, dirige nuestras obras y corrige nuestros defectos (1).

Además de esto, sólo en la oración podemos hallar las fuerzas necesarias para resistir a las tentaciones del infierno y practicar la virtud. Santa Teresa decía, que el que descuida la oración no necesita demonios que lo lleven al infierno, porque él mismo se encamina a él. Esto nace de que sin

(1) Consideratio regit affectus, dirigit actus, corrigit excessus. *De consid. lib. 2, cap. 6.*

oración mental no puede uno entregarse a la oración. El Señor está siempre dispuesto a concedernos sus gracias; pero quiere, dice San Gregorio, que le roguemos nos las conceda y nuestros ruegos le obligan a dispensárnoslas. Pero sin la oración, no tendremos fuerza para resistir a nuestros enemigos y no podremos alcanzar la gracia de la perseverancia en las buenas obras. Palafox ha dicho en una nota a la carta X de Santa Teresa: *¿Cómo nos ha de conceder el Señor la perseverancia si no se la pedimos? ¿Y cómo se la pediremos sin la oración?* Pero los que se dedican a la oración son como el árbol plantado en la corriente de un río (1): crecerá y se renovará siempre.

La oración es la feliz hoguera donde se abrasan las almas en amor divino (2). Santa Catalina de Bolonia decía: *La oración es el lazo que estrecha el alma con Dios.*

San Luis Gonzaga decía que jamás se llegaría a un alto grado de perfección, si no se hacía mucha oración. Dediquémonos pues a la oración, y no la abandonemos jamás por fatigosa que pueda parecernos. Las fatigas e incomodidades que sufriremos por Dios, las recompensará el Señor en el paraíso con los tesoros de su amor.

(1) Erit tanquam lignum secus decursum aquarum. *Psal.* 1, 3.

(2) In meditatione mea exardescet ignis *Psal.* 38, 4.

Perdonad, Señor, mi pereza y mi indiferencia. ¡Cuántas gracias he perdido por haber descuidado la oración! En adelante dadme fuerza para seros fiel y para continuar hablando con Vos por medio de la oración, hasta que pueda hablaros de viva voz en el cielo. No pretendo que me colméis de vuestros inefables consuelos durante mis oraciones, no soy merecedor de tanta bondad; bástame que me permitáis orar a vuestros pies por la salvación de mi alma. Mi alma, Señor, está triste y vacía: triste y vacía porque se ha alejado de Vos. ¡Oh Jesús crucificado! el solo recuerdo de vuestra sagrada pasión me arrancará de la tierra y me unirá a Vos. Virgen santa María, socorredme en la oración.

CONSIDERACION XV

Objeto de la oración mental

Para hacer la oración mental con provecho de nuestra alma diremos antes el objeto que en ella debemos llevar. 1º. Debe hacerse la oración para unirnos más estrechamente a Dios: y lo que nos une a Dios, no es tanto la pureza de nuestros pensamientos como la de nuestras acciones y de nuestro amor. En la oración hacemos actos de humildad, de esperanza, de desprendimiento, de resignación, de amor, y sobre todo de arrepentimiento de nuestros pecados. Los actos de amor, decía Santa Teresa, son los más eficaces para mantener el fuego del amor de Dios en nuestros corazones. 2º. Ha de hacerse oración con el fin de conseguir de Dios las gracias necesarias para adelantar en la carrera de la salvación, y sobre todo, para evitar los peligros de caer en pecado, y para alcanzar los medios de llegar a la perfección. El objeto principal de la oración está en saber rogar. Generalmente hablando, Dios no concede sus gracias, sino a los que se las piden. San Gregorio ha dicho: *Dios quiere ser rogado, obligado, vencido por el ruego, casi importuno* (1).

(1) Vult Deus rogari, vult cogi, vult quadam importunitate vinci. *In Ps. Poen.* 6.

Reparemos en la palabra del santo, *ser vencido*: algunas veces para obtener gracias de alguna importancia, no basta el simple ruego, es necesario insistir y casi forzar a Dios con nuestras reiteradas instancias para que las conceda. Verdad es, que en todas ocasiones el Señor está pronto a condescender con nosotros: pero en el momento de la oración, cuando nuestra alma no se ocupa más que en él, es más fácil obtenerlas de su misericordia.

Debe tenerse particular cuidado de pedir a Dios en nuestras oraciones la perseverancia y su santo amor. La perseverancia hasta el fin no es efecto de una sola gracia, es un encadenamiento de gracias en cuyos eslabones han de alternar nuestras oraciones.

Si cesamos de orar, cesará Dios también de concedernos sus auxilios y nuestra perdición será inevitable. Los que no hacen oración mental, difícilmente podrán sostener la perseverancia en la gracia de Dios hasta la muerte. En el párrafo que antecede hemos visto ya lo que decía Palafox acerca de la oración: *Sin la oración—añade—no hay medio de comunicar con Dios.*

Es menester, además, insistir en nuestros ruegos al Señor, para alcanzar su santo amor. San Francisco de Sales decía que todas las virtudes eran compañeras del amor de Dios

(1): todos los bienes entran en mi alma con la caridad.

Repitamos, pues, continuamente nuestras oraciones para conseguir la perseverancia y el amor; y para dirigirlas con más confianza, tengamos siempre presente en la memoria la promesa de Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo que os dará el Padre todo lo que pidieréis en mi nombre* (2). Roguemos pues, y roguemos siempre, si queremos que Dios nos colme de beneficios; roguemos por nosotros: y si nuestro celo se dirige principalmente a la gloria de Dios, roguemos también por los demás. Dios quiere que le ruegen por los infieles, por los herejes, y por todos los pecadores. Digamos: Señor, daos a conocer y haceos amar. En la vida de Santa Teresa y en la de Santa Magdalena de Pazzi se lee que Dios les encargaba a menudo que orasen por los pecadores. Hagamos oración por las almas del purgatorio.

3º No sólo hemos de hacer oración para conseguir consuelos espirituales, sí que también para conocer lo que Dios exige de nosotros. *Habla, Señor*, deberíamos decir a Dios con Samuel, *que tu siervo escucha*. Señor, dadme a conocer lo que queréis de mí para hacerlo sin titubear. Algunos siguen la oración mientras continúan los consuelos, pero

(1) Venerunt autem mihi omnia bona pariter cum illa. *Sap.* 7, 11.

(2) *Joan.* 16, 23.

cuando éstos cesan, dejan de orar. No hay duda que Dios consuela en la oración a los que ama y les concede un gozo precursor de las delicias que prepara en la gloria a los que le han amado. Los mundanos no conciben el deleite que resulta de la oración; habituados a los placeres terrestres, desprecian los del cielo. ¡Oh, si llegasen a conocerlos, qué pronto abandonarían el mundo para correr a encerrarse en el retiro de una celda, en donde bajaría Dios hasta ellos! La oración no es otra cosa más que una conversación entre Dios y el alma: el alma le expone sus temores, sus deseos, sus votos, y Dios le responde con bondad; le habla del amor que le profesa y le indica cuanto debe hacer para agradarle: *Yo la atraeré y la llevaré al desierto y le hablaré al corazón* (1).

Pero no siempre se experimentan estas delicias: por lo común las almas santas están sujetas a la aridez. *Por la aridez y la tentación*, dice Santa Teresa, *prueba Dios a sus siervos*. Y después añade: *Aunque la aridez de nuestra alma fuere continua, no por esto deberíamos dejar de orar: Ya vendrá el momento en que seremos largamente recompensados*. Los momentos de sequedad y aridez son momentos de provecho.

(1) Os. 2, 14.

Cuando nos sentimos sin deseos, sin fervor de orar y nos hallamos poco dispuestos a hacer el bien, resignémonos, humillémonos, y si no podemos decir otra cosa, digamos: *Señor, ayudadme, tened compasión de mí, no me abandonéis.* Esta corta oración nos será más provechosa que las demás. Recurramos también a la Virgen María nuestra madre y nuestro consuelo. ¡Dichoso el que en las tribulaciones no deja de orar! Dios le colmará de sus gracias. Que diga entonces: ¡Oh Dios mío! ¡Por qué he de esperar que me consoláis, yo que merecía estar en el infierno para siempre, separado de vos, y privado de toda esperanza de poderos amar! No me quejo, Señor, de que me privéis de vuestros consuelos, no los merezco, no los espero. Me basta saber que no rechazáis a las almas que os aman. No me privéis de la dicha de amaros y haced de mí después lo que sea de vuestro agrado. Si vuestra voluntad dispone que permanezca en el dolor durante toda mi vida, consiento en ello, con tal que pueda deciros y repetiros sin cesar: *Os amo, Señor, os amo.* Virgen María, madre de Dios, tened piedad de mí.

CONSIDERACION XVI

De la misericordia de Dios

Tanto desea Dios dispensarnos sus gracias, que, según San Agustín, es mayor en El el deseo de concedérmolas, que en nosotros de conseguirlas (1). Y la razón es, que la bondad divina, como dicen los filósofos, *es difusiva por naturaleza* (2), inclinada a hacer el bien. Siendo, pues, Dios la bondad infinita, siente un deseo infinito de concedernos y repartir entre nosotros los tesoros que posee.

De aquí nace la grande misericordia que tiene el Señor de nuestras miserias. David dice que la tierra está llena de los testimonios de su misericordia y no de sus justicia. Dios no ejerce su justicia con los malos, sino cuando se ve forzado a ello por el exceso de sus crímenes; pero sin dejar de estar siempre dispuesto a derramar las gracias de su misericordia sobre todos y en todo tiempo. El Apóstol Santiago dice con este motivo: *La misericordia triunfa sobre el juicio* (3). La misericordia arranca a menudo de las manos de la justicia la cuchilla pronta a des-

(1) Plus vult ille tibi largiri bona, quam tu concupiscas.

(2) Sui diffusiva.

(3) 2, 13.

cargar su golpe sobre el pecador y alcanza su perdón. Por esto el Profeta daba a Dios el nombre de misericordia (1). Y añadía: *Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado* (2), esto es, ya que sois la misma misericordia.

Isaías dice que el castigo no es según el corazón de Dios, sino ajeno a él, como si dijese, distinto de su inclinación (3). Su misericordia infinita le decidió a enviar su Hijo a hacerse hombre sobre la tierra y morir en una cruz para librarnos de la muerte eterna. Zacarías exclama: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios con que nos visitó el sol naciente* (4), esto es: ha venido a visitarnos desde el subido trono de luz, cual claro sol que sale del oriente. Con las palabras *entrañas de misericordia*, quiere indicarse una misericordia que tenía su origen en el corazón de Dios, que prefirió ver morir su Hijo hecho hombre a permitir la condenación del linaje humano.

El Evangelio nos da prueba del inmenso amor que Dios nos profesa y de su ardiente deseo por hacernos bien, en estas breves pa-

(1) Deus meus misericordia mea. Ps. 58, 19.

(2) Ps. 25.

(3) Dominus irascetur; ut faciat opus suum, alienum opus ejus... peregrinum est opus ejus ab eo. Is. 28, 21.

(4) Luc. 1, 78.

labras: *Pedid y se os dará* (1). ¿Qué más pudiera uno decir a su amigo para probarle el amor que: *¿Pedid y se te dará?* Pues esto es justamente lo que nos dice Dios a cada uno de nosotros.

Nos invita además a que recurramos a El en nuestras tribulaciones y promete aliviarlas: *Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os aliviaré* (2). Quejábanse los Hebreos de Dios y decían que no volverían a pedirle gracia alguna; entonces dijo Dios a Jeremías: *¿Por ventura he sido yo para Israel un desierto o tierra o tardía? pues por qué ha dicho mi pueblo: Nos hemos retirado, no vendremos más a ti?* (3). Reprendía el Señor por estas palabras la conducta de los Hebreos que habían dudado de su bondad, pronta siempre, a socorrer y a consolar a los que imploraran su auxilio.

Habéis pecado: ¿queréis ser perdonados? No temáis, dice San Juan Crisóstomo, porque más impaciente está el Señor por perdonarnos, que nosotros por recibir el perdón (4). Si Dios nos encuentra obstinados en el pecado, nos aguarda para ser indulgente con

(1) *Matth.* 7, 7.

(2) *Matth.* 11, 28.

(3) *Jer.* 2, 31.

(4) Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille dimittere. *Hom.* 23, in *Matth.*

nosotros (1). Nos muestra entonces los castigos que nos están preparados para que nos arrepintamos (2). Empieza llamando a la puerta de nuestro corazón para que le abramos (3). Nos sigue después por todas partes y nos dice: *¿Y por qué morirás, casa de Israel?* (4) que es como si nos dijese: *Hijo mío ¿por qué quieres perderte?* San Dionisio Areopagita dice que el Señor llega hasta rogarnos que no nos perdamos (5).

El Apóstol lo había escrito, rogando por Cristo a los pecadores que se reconcillasen con Dios (6). San Juan Crisóstomo puso la siguiente nota al referido pasaje: “El mismo Jesucristo os ruega. ¿Y qué os ruega? Que os reconciliéis con Dios.

Si después de tan dulces promesas, los pecadores persisten en su obstinación, ¿qué puede hacer Dios? Todavía ofrece no rechazar a los que se llegaren a El contritos y arrepentidos: *Al que a mí viene, no lo arro-*

(1) *Exspectat Dominus ut, misereatur vestri. Isa. 30, 18.*

(2) *Dedisti metuentibus te significationem: ut fugiant a facie arcus... ut liberentur dilecti tui. Ps. 59, 6, 7.*

(3) *Ecce sto ad ostium, et pulso. Apoc. 3, 20.*

(4) *Ez. 18, 31.*

(5) *Deus etiam a se aversos amatorie deprecatur ne pereant.*

(6) *Obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo. 2 Cor. 5, 20.*

jaré fuera (1). Dice además que está pronto a abrazar a todos aquellos que se echan en sus brazos: *Volveos a mí y yo me volveré a vosotros* (2). Promete perdonar al impío si se arrepiente, y echar un velo sobre sus culpas pasadas: *Mas si el impío hiciere penitencia... vivirá... de todas las maldades que obró, ya no me acordaré* (3).

El Señor no aparta de sí un corazón arrepentido (4). San Lucas describe la alegría del Señor al encontrar la oveja extraviada (5) y el amor con que acogió al hijo pródigo, cuando éste vino a echarse a sus pies (6) Dios mismo ha dicho que hay más gozo en los cielos por el arrepentimiento de un pecador que por noventa y nueve justos inocentes. (7). San Gregorio nos da la razón de ello, y consiste, según el Santo, en que por lo común los pecadores arrepentidos ruegan y aman a Dios con más fervor que los inocentes tibios. *Plerumque gratior est Deo*

(1) *Joan.* 6. 37.

(2) *Zach.* 1, 3.

(3) *Ez.* 13, 21 et 22.

(4) *Cor contritum et humiliatum, Deus non despecies. Ps.* 50, 19.

(5) *Luc.* 15, 5.

(6) *Id.* 20.

(7) *Dico vobis, quod ita gaudium erit in cœlo super uno peccatore pœnitentiam agente quam super nonaginta novem justis. Luc.* 15, 7.

fervens post culpam vita, puam securitate torpens innocentia (1).

Mi buen Jesús, ya que habéis sido tan paciente esperando mi arrepentimiento y tan amoroso en perdonarme, quiero amaros con ardor; pero es necesario que vos mismo me hagáis capaz de ello: concededme esta gracia, Señor. No sería glorioso para vos el ser débilmente amado por un pecador a quien habéis colmado de tantos beneficios. Señor, ¿cuándo yo seré tan agradecido con vos, como bondadoso habéis sido vos conmigo? Hasta ahora en lugar de reconocimiento no ha habido en mí más que ingratitud puesto que os he ofendido y despreciado. ¿Seré siempre tan indiferente con vos, Señor, con vos, que habéis derramado vuestra sangre para conseguir mi amor? No, Salvador mío, quiero amaros de todo corazón; propongo no volveros a ofender en adelante. Me ordenáis que os ame, os amo pues y os pido la gracia de amaros siempre. Si vos me buscáis, yo no os busco sino a vos. Venid en mi auxilio sin el cual yo nada puedo. ¡Virgen María, madre de misericordia, haced que yo sea enteramente del Señor.

(1) *Ap. Corn a Lap. in loc. cit.*

CONSIDERACION XVII

Confianza en Jesucristo

La misericordia de Dios para con nosotros es extrema, como queda probado en el capítulo precedente; pero quiere que esperemos los efectos de su misericordia y que le imploremos, excitados por la más viva confianza en los méritos de Jesucristo y en sus promesas. Por esto nos encarga San Pablo el conservar siempre esta confianza, la cual obtendrá algún día la recompensa de parte del Señor: *No queráis perder vuestra confianza, que tiene un crecido galardón* (1). Cuando, pues, el terror que nos infunde el juicio de Dios llegue a disminuir en nosotros esta confianza, hemos de expulsar este terror de nuestro corazón.

Jesucristo reveló a San Gertrudis que puede tanto en su corazón nuestra confianza, que consigue de él cuanto le pedimos. San Juan Clímaco dice lo mismo (2). Toda oración dirigida con confianza hace violencia al Señor, pero esta violencia le es agradable. San Bernardo dice que la misericordia divina es como una fuente profunda de donde todos sacan; y que aquel que lleva mayor vaso de confianza obtiene más abundan-

(1) *Heb.* 10, 35.(2) *Oratio pia Deo vim infert.*

cia de gracias. David dice: *Hágase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, de la manera que en ti hemos esperado* (1).

Dios nos ha declarado, que El es protector y salva a todos los que esperan en El (2). *¡Cómo se alegran, pues, decía David, los que esperan en ti, Dios mío, porque serán eternamente felices y tú habitarás en ellos para siempre!* El mismo profeta ha dicho: El que en el Señor espera, se verá envuelto en su misericordia, protegido por ella, y a cubierto de todo peligro de perderse (3).

¡Qué alentadoras promesas hacen las Santas Escrituras a todos los que esperan en Dios! ¡Nuestros pecados nos han conducido al borde de la condenación? El remedio es fácil: corramos con confianza a abrazar los pies de Jesucristo, dice el Apóstol, y conseguiremos el perdón de ellos (4). No aguardemos, para acudir a Jesucristo, a que esté sentado en el trono de la justicia, ahora es tiempo de acudir, ahora que está sen-

(1) *Ps.* 32, 22.

(2) Protector est omnium sperantium in se *Ps.* 17, 31 — Qui salvos facis sperantes in te. *Ps.* 16, 7.

(3) Sperantem autem in Domino misericordia, circumdabit. *Ps.* 31, 10.

(4) Adeamus ergo cum fiducia ad thronum gratiæ: ut misericordiam inveniamus in auxilio opportuno. *Heb.* 4, 16.

tado en el trono de la gracia. San Juan Crisóstomo dice que nuestro Salvador tiene más deseos de perdonarnos que nosotros de ser perdonados (1).

Pero, — dirá el pecador — yo no merezco ser atendido, aunque pida perdón. Yo le respondo, que si le faltan merecimientos, su confianza en la divina misericordia le obtendrá el perdón; porque este perdón no se funda en el mérito del pecador, sino en la promesa que Dios ha hecho de perdonar a los que se arrepienten: por esto ha dicho Jesucristo: *el que pide recibe* (2). Un comentador del evangelio explica las palabras: *Omnis*, diciendo: *sea justo, sea pecador, con tal que ruegue con confianza*. Oigamos de la boca del mismo Jesucristo cuán necesaria sea la confianza: *Todo cuanto pidiereis orando, creed que os será concedido* (3).

Los que por debilidad temen volver a caer en sus antiguos pecados, tengan confianza en Dios de que no volverán a cometerlos. El profeta afirma: *No será culpado ninguno de los que esperan en El* (4). Isaías dice que los que esperan en Dios hallarán nueva fuerza

(1) Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille cupit dimittere. *Hom. 23 in Matth.*

(2) *Luc. 11, 10.*

(3) *Marc. 12, 24.*

(4) *Ps. 33, 23.*

(1). Seamos, pues, firmes en nuestra confianza, como dice San Pablo, porque Dios ha prometido proteger a todos los que esperan en El. Así, pues, cuando tengamos que superar algún obstáculos muy superior a nuestras fuerzas, digamos: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* (2). ¿Quién ha esperado en Dios y se ha perdido? (3). Pero no busquemos, no exijamos siempre aquella confianza sensible de que quisiéramos vernos animados: basta tener la voluntad de confiar en Dios. La verdadera confianza es querer confiar porque Dios es bueno y su mayor gusto es ayudarnos. Es omnipotente y puede ayudarnos; es fiel y lo ha prometido; aseguremos, pues, nuestra confianza en la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad, os digo: que os dará el Padre todo que pidiéreis en mi nombre* (4). Pidamos pues a Dios las gracias que podamos necesitar, por los méritos de Jesucristo y obtendremos cuanto le pidamos.

¡Oh, eterno Dios! Soy pobre de todo; de vuestras manos he recibido cuanto poseo. Señor, tened piedad de mí. Lo peor es que a

(1) Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem. *Is.* 41, 31.

(2) *Phil.* 4, 13

(3) Nullus speravit in Domino, et confusus est. *Eccl.* 2, 11.

(4) *Jo.* 16, 23.

mi pobreza he añadido el demérito de corresponder a vuestra gracia con las ofensas que contra vos he cometido; pero esto no obstante, espero de vuestra bondad esta repetida misericordia: que perdonaréis mis pecados y me concederéis la santa perseverancia en vuestro santo amor; y la gracia de pedirlos siempre que me ayudéis hasta la muerte. Yo solicito y espero todas estas gracias por los méritos de vuestro Hijo y de la bienaventurada Virgen María, mi protectora.

CONSIDERACION XVIII

Nada hay más necesario que salvarse

Una sola cosa es necesaria. En este mundo no tenemos necesidad de amontonar riquezas, ni acumular honores, ni de que nos embriaguen los placeres: lo único necesario es salvarnos, porque no hay término medio: si no nos salvamos, nos condenaremos. Después de esta corta vida o gozaremos eternamente de la bienaventuranza de la gloria, o para siempre durará nuestra desdicha en los infiernos.

¡Oh Dios mío! ¿qué será de mí? ¿Me salvaré o me condenaré? Una de estas dos cosas me ha de tocar en suerte. Yo espero salvarme, pero ¿tengo de ello alguna seguridad?

¡Cuántos mundanos que se vieron en otro tiempo colmados de riquezas y honores, elevados a grandes puestos y hasta colocados sobre el trono, se hallan ahora en el infierno, donde todo su fausto, todas sus grandezas pasadas no les sirven sino para acrecentar sus tormentos y su desesperación! Ved aquí no obstante lo que les había dicho el Señor: *No queráis atesorar tesoros en la tierra...*

atesorad tesoros para el cielo, donde no los consume el orín ni la polilla. (1).

Todos los bienes terrestres los arrebatla la muerte, pero los bienes espirituales son eternos.

Dios nos hace saber que quiere la salvación de todo el mundo (2), y a todos nos da los socorros necesarios para que nos salvemos. ¡Desdichados los que se pierden! Su perdición nace de ellos mismos. El más cruel tormento que padecen los condenados es pensar que se han perdido por su propia culpa.

El fuego y el gusano roedor, esto es, el remordimiento de la conciencia, serán los verdugos de los condenados (3). Pero el gusano roedor les atormentará sin fin y mucho más que el fuego. ¡Cuánta no es nuestra aflicción en la tierra si perdemos algún objeto precioso, un diamante, un reloj, una suma de dinero por nuestro descuido! Este contratiempo nos quita el apetito y no nos deja conciliar el sueño, continuamente tenemos el pensamiento fijo en aquella pérdida que tal vez no nos será imposible reparar. Ahora pues, ¿cuál será el tormento de un condenado, al considerar, que por su culpa ha perdido a Dios y la gloria, sin esperanza de poderlos recobrar?

(1) *Matth.* 6. 19 et 20.

(2) *Vult omnes homines salvos fieri.*

(3) *Vindicta carnis impij ignis et vermis. Eccl.* 7, 19.

¡Nos hemos equivocado! será el grito eterno de los condenados. Nos hemos engañado, nos hemos perdido sin esperanza de remedio. Mientras estamos en la vida, con un cambio de conducta, con una entera resignación a la voluntad divina podemos poner remedio a las desgracias que nos acontecen; pero ninguno de estos medios será capaz de aliviar nuestros tormentos si caemos en los abismos del infierno, adonde nos arrastran nuestros pecados.

El apóstol San Pablo nos exhorta a que busquemos nuestra salvación eterna, con un continuo temor de perderla: *Obrad vuestra salud con temor y temblor* (1). Este temor nos inspirará la debida circunspección en nuestra conducta, huiremos las ocasiones que puedan ponernos en peligro de pecar, nos encomendaremos a Dios de continuo, y así podremos salvarnos. Roguemos, pues, al Señor se digne grabar en nuestros corazones y en nuestra mente, que de nuestro último suspiro depende nuestra felicidad eterna o nuestra eterna desdicha.

¡Oh Dios mío! a menudo he despreciado vuestra gracia y no merezco perdón; pero el profeta me asegura que vos sois compasivo con los que os buscan: *Bueno es el Señor para el alma que le busca* (2). He

(1) *Phil.* 2, 12.

(2) *Thrn.* 3 35.

huído de vos hasta ahora, pero ya ni busco, ni deseo, ni amo en el mundo más que a vos sólo. Por piedad no me desechéis. Acor- daos de la sangre que por mí derramasteis: esta sangre y vuestra intercesión, oh Ma- ría madre de Dios, son mi única esperanza.

CONSIDERACION XIX

**Resignación perfecta a la voluntad
de Dios**

Jesucristo, hablando de sí mismo dice: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió* (1). El alimento en esta vida mortal nos conserva la vida y por esto dijo Jesús que hacer la voluntad de su Padre era su alimento. Tal debe ser también el alimento de nuestra alma. Nuestra vida está en el cumplimiento de la voluntad divina (2); si no la cumplimos nuestra perdición es segura.

Los que son poco fieles en amar a Dios quisieran que Dios *se sometiese a ellos*, se conformase a su capricho, e hiciese cuanto ellos quisieron: pero los que aman a Dios *se someten a El*, se conforman con todo lo que quiere el Señor, con todo lo que quiere disponer de ellos y de cuanto les pertenece. En todas sus tribulaciones, en sus enfermedades, en sus disgustos, en la pérdida de sus bienes, parientes y amigos dicen y repiten sin cesar: *Hágase tu voluntad*.

Dios no quiere sino nuestro bien, esto es nuestra santificación: *Esta es la voluntad*

(1) Jo. 4, 34.

(2) Et vita in voluntate ejus. Ps. 29.

de Dios, nuestra santificación (1). Procuraremos, pues imponer silencio a nuestra voluntad y ajustémosla a los límites de la del Señor; impongámosla también a nuestro juicio y persuadámonos que todo lo que ordena el Señor es para mayor provecho nuestro. Los que no obran así jamás gozarán de paz verdadera. La única perfección que nos es dable conseguir en esta tierra de prueba, y por consiguiente, lugar de penas y afanes, es sufrir con paciencia lo que puede contrariar nuestro amor propio; y para sufrirlo con paciencia, el mejor medio, es querer sufrirlo todo para hacer la voluntad de Dios: *Acomódate pues a El y tendrás la paz* (2). El que se somete a la voluntad divina goza siempre de paz, y nada de cuanto le acontece le aflige (3). ¿Por qué, pues, el justo no se aflige jamás en sus adversidades? Porque sabe que cuanto le sucede en este mundo es por disposición de Dios.

La resignación a la voluntad divina mitiga las penas y dulcifica la hiel de las tribulaciones de la vida.

Para encontrar el reposo en medio de las contrariedades de este mundo, ved lo que nos aconseja San Pedro: *Echad sobre El toda vuestra solicitud, porque El tiene cui-*

(1) I Thess. 4, 3.

(2) Job. 22, 21.

(3) Non contristabit justum, quidquid ei acciderit. Prov. 12, 21.

dado de vosotros (1). Pero ya que hay un Dios que cuida de nuestra felicidad, ¿por qué nos inquietamos tanto para encontrarla y no descansamos enteramente en Dios de quien todo depende? David dice: *Arroja sobre el Señor tu cuidado, y El te sustentará* (2). No pensemos más que en obedecer a todo lo que nos ordena, a todo lo que nos aconseja: dejémosle el cuidado de nuestra salvación y nos suministrará por sí mismo los medios necesarios para salvarnos. Los que ponen toda la confianza en Dios tienen asegurada la salvación: *Alcanzará tu alma la salvación porque tuviste confianza en mí* (3).

En fin, con tal que uno siga la voluntad de Dios obtendrá de El el paraíso. Despreciándola, caeremos en el infierno. Algunas personas esperan salvarse practicando ciertos ejercicios, ciertas oraciones y sin embargo se desentienden de hacer la voluntad de Dios. Pero Jesucristo ha dicho: *No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre.*

Así pues, si queremos salvarnos y estrecharnos íntimamente a Dios, dirijámosle a menudo esta oración de David: *Enséñame,*

(1) 1 Petr. 5, 7.

(2) Ps. 54, 23.

(3) Jer. 39, 18.

Señor, a hacer tu voluntad (1). Abjuremos nuestra propia voluntad y conformémonos sin reserva a la de Dios. Cuando damos a Dios nuestros bienes por medio de la limosna, nuestra comida por medio del ayuno, nuestra sangre por medio de nuestras disciplinas, le damos lo que está en nuestro poder: pero cuando le damos nuestra voluntad, le hacemos entrega de toda nuestra existencia. El que da al Señor toda su voluntad puede decirle: *Señor, después de haberos entregado mi voluntad, nada me queda que daros*. El sacrificio de nuestra propia voluntad es el más grato que podemos ofrecer a Dios y Dios es pródigo en conceder sus gracias a los que le hacen este sacrificio.

Pero para ser perfecto es menester llenar estas dos condiciones: que el sacrificio sea *sin reserva* y que sea *constante*. Algunos entregan su voluntad al Señor, pero con reserva; semejante don no puede menos de ser poco agradable a Dios. Otros le entregan su voluntad, pero a poco vuelven a tomarla para gobernarse por ella; estos tales se hallan en peligro de ser abandonados de Dios. Para evitarlo, es necesario que nuestros ofrecimientos, nuestros designios y nuestras oraciones no tengan más objeto que alcanzar del Señor la gracia de no tener otra voluntad que la suya.

(1) Ps. 142, 9.

Renovemos al Señor todos los días la abdicación completa de nuestra voluntad; guardémonos de desear o buscar lo que no pueda estar en la voluntad del Señor. Por este medio ahogaremos nuestros temores, nuestros deseos, nuestras pasiones y todas nuestras inclinaciones viciosas. Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, religiosa descalza de Santa Clara, cuando quedó ciega, exclamó: *¿Por qué he de desear yo ver, ya que Dios quiere que no vea?*

¡Oh Dios de mi alma! Recibid el sacrificio de mi entera voluntad y toda mi libertad. Merezco que no me escuchéis y que rehuséis el presente que os hago, ya que os he sido tantas veces infiel; pero conozco ahora que me ordenáis de nuevo que os ame con todo corazón, así que de este modo me cabe la certidumbre de que no rehusáis mis ofrecimientos. Yo me resigno humildemente a hacer vuestra voluntad: dadme a conocer lo que queréis disponer de mí y yo lo cumpliré todo por agradaros. Haced que os ame y después disponed a vuestro gusto de cuanto poseo y de mí mismo. Yo me abandono a vos, Señor, disponed lo que juzgareis más propio para mi eterna salvación. Declaro que no quiero amar en este mundo más que a vos sólo. Madre de Dios, alcanzadme la santa perseverancia.